

Los elefantes y el marfil*

*Elizabeth Larson***

La prohibición del comercio en el marfil, promulgada por la Convención del Comercio Internacional en las Especies Amenazadas en octubre del 1989, ha resultado ser una sentencia de muerte para los elefantes africanos. Los partidarios de la prohibición durante la convención, que se llevó a cabo en Lausana, Suiza, afirmaron que ello acabaría con el mercado del marfil al sacar del negocio a los cazadores furtivos, y que salvaría a los elefantes al quitarles el valor económico. Los que se opusieron al acta señalaron que sólo lograrían crear el mercado negro, y que los cazadores buscarían otros modos de conseguir lo que querían.

Al fomentar el comercio del marfil, el país africano de Zimbabwe se ha opuesto a la solución "hecha en Suiza", para proteger la población de elefantes. Botswana, Zambia, Malawi, Namibia y Suráfrica han hecho lo mismo. Resultado: que el número de elefantes en aquellos países se ha incrementado en un 40 por ciento durante los últimos diez años - un hecho al que los que exigen la prohibición no han hecho caso.

Al mismo tiempo, el número total de elefantes en el África ha disminuido de 1,3 millones en 1979 a 750.000. Los elefantes no viven en una sola manada. Hay cientos de manadas por todo el continente africano, algunas con miles de elefantes. El tamaño de algunas manadas bajó durante la década del 80, pero el de otras aumentó en un cien por ciento. Es engañoso decir que los elefantes están al borde de la extinción.

"Zimbabwe no considera al elefante africano una especie en peligro de desaparecer", dijo Tomás Bvuma, funcionario de la embajada de Zimbabwe en Estados Unidos, durante una entrevista. Agregó que no es por casualidad que sean las fronteras políticas, y no las geográficas, las que determinan en cuáles zonas están desapareciendo los elefantes y en cuáles siguen prosperando.

La tasa de reproducción de la población de elefantes en Zimbabwe y regiones contiguas se acerca al 7 por ciento máximo de la especie. ¿Cómo han podido en Zimbabwe asegurar la supervivencia de los elefantes?

En Zimbabwe la agricultura siempre ha estado en manos de los agricultores individuales, y ahora también los elefantes. Cuando el presidente de Zimbabwe, Robert Mugabe, cambió de dueño a los elefantes de las agencias estatales a los pastores de las tierras donde viven los animales, la población de elefantes comenzó a crecer al 5 por ciento anual.

En Zimbabwe, el cazador de elefantes compra de la aldea local un permiso para cazar. El pago -que es de unos 25.000 dólares- va directo a los aldeanos que le venden el derecho de cazar uno de sus elefantes. Todos se benefician de las escuelas, las clínicas, los caminos y las cercas que son construidas con los fondos recaudados. Al dar a los campesinos razón para ver a los elefantes como recursos de gran valor, y no como bestias nocivas, los cazadores desempeñan un papel vital en la administración de los elefantes.

Si en Kenya los líderes no fueran tan contrarios a los incentivos económicos para proteger la fauna, podrían comprar los elefantes que sobran en Zimbabwe para

* The Freeman Foundation for Economic Education Irvington, New York.

** Elizabeth Larson es escritora con el Cato Institute en Washington, Distrito de Columbia, EE.UU. Artículo adaptado del número de julio de 1991 de la revista **The Freeman**, editada por la Foundation for Economic Education, 30 South Broadway, Irvington, Nueva York 10533 EE.UU.

repoblar sus propios rebaños. Mientras que en Zimbabwe tienen que deshacerse de 5.000 a 7.000 elefantes todos los años, al paso actual en 15 años desaparecerán por completo los elefantes en Kenya.

Las praderas de Kenya son prácticamente una zona de guerra entre los guardamontes estatales que atacan en jeeps y los cazadores con armas automáticas que entran a hurtadillas a pie. A pesar de los esfuerzos que se han hecho para controlar la caza de elefantes, la población de elefantes en Kenya ha disminuido un 75 por ciento desde 1981. En Tanzania y otros países del centro y el este del África ha habido declives iguales.

En Kenya el Estado considera los elefantes "propiedad del pueblo". Desgraciadamente, igual que los preservacionistas occidentales, no comprenden que la propiedad simbólica causa sentimientos distintos que la propiedad real, legal. El ciudadano de Kenya no tiene ningún incentivo para tratar los elefantes con responsabilidad, porque no tiene en ellos ningún derecho legal. Cuando se dice que algo les pertenece a todos, en realidad no le pertenece a nadie. Y nadie se ocupa de lo que no le pertenece a nadie.

La prohibición del comercio en rinocerontes y tortugas marinas no ha logrado impedir el mercado considerable de artículos de cuerno de rinoceronte y otros productos, ni le ha dado a la gente que vive cerca de los animales ningún interés en protegerlos. Y aunque pudiera la prohibición eliminar el mercado de marfil, saldría resuelta sólo la mitad del problema.

Hay 500 millones de seres humanos en el África, y del 80 al 90 por ciento de ellos viven en comunidades rurales. La capacidad del continente ha llegado a su límite en muchas zonas. La vida en la sabana es una lucha diaria entre hombre y fiera.

Las estampidas de elefantes son muy destructivas. La primera reacción del campesino cuando ve venir al elefante es de buscar la escopeta. Si convertimos al elefante en recurso económico valioso, cambiamos el interés, y le damos al campesino un gran incentivo para buscar la manera de convivir con la molesta bestia. "Vivimos en un país donde el elefante es un fastidio", dice Bvuma. "Cuando se quitan esos beneficios (económicos) y los elefantes destruyen una aldea, los campesinos salen a matarlos. No necesitan a los cazadores profesionales para exterminar los elefantes".

Si tuvieran interés económico en el bienestar de las manadas de elefantes, no habría necesidad de aumentar los ingresos por medio de la caza furtiva. La caza furtiva cayó un 90 por ciento cuando el presidente Mugabe les dio la posesión de los elefantes a los campesinos. Mientras tanto, en Kenya matan 300 elefantes al día.

Si Zimbabwe hubiera firmado la prohibición del comercio del marfil en 1989, habría perdido la conexión protectora entre el hombre y la naturaleza. La solución "hecha en Suiza" habría recibido encomios por parte de los preservacionistas de sillón, pero a los elefantes que viven fuera de las zonas regidas por la solución "hecha en Zimbabwe" se les está acabando el tiempo.